



CARNE DE MI CARNE
JOSÉ MARÍA TAMARILLAS



Créditos:

CARNE DE MI CARNE

Primera edición digital: abril 2020

ISBN: 978-2-490290-33-8

Autor: José María Tampirillas

Fotoilustración: Marifé Castejón (www.visualmachine.es)

Prólogo primera edición: Fernando Martínez

Prólogo segunda edición: Juan Ángel Laguna Edroso

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



CARNE DE MI CARNE

José María Tamparillas

Prólogo a la segunda edición

A LO LARGO DE ESTOS DIEZ AÑOS que he ejercido como editor de Saco de huesos, he acabado por darme cuenta de lo que busco cuando ficho a un autor para nuestro catálogo: voz propia. Y, a poder ser, en el caso de las antologías, vehiculada a través de un hilo conductor sólido e identificable. La primera vez que me enfrenté a *Carne de mi carne*, la primera obra en solitario de **José María Tamparillas**, era demasiado pronto para tener tan clara esta idea. Yo tenía la impresión de que, simplemente, era un recopilatorio de relatos de aquel tipo misterioso, aficionado a la novela negra y asiduo de los Liter, que publicaba aquellos relatos tan sugerentes en la revista Cthulhu. (Tan sugerentes, dicho sea de paso, que nos parecía no solo normal, sino también conveniente, que tuviera el monopolio tácito de sus páginas).

A día de hoy he tenido tiempo para conocerlo mejor, para descubrir nuevas facetas del personaje, como su gran capacidad para la narrativa a pecho descubierto, oral, o su talento para crear (o desenterrar) una mitología personal en mi propia ciudad natal, Zaragoza. Pero, sobre todo, al menos en lo que atañe a este prólogo, he tenido la oportunidad de ahondar y reflexionar sobre esta antología, sobre lo que palpitaba bajo sus páginas y que, de alguna forma, percibimos en el comité de lectura cuando decidimos su publicación. Aunque entonces no llegáramos a ponerle nombre.

Carne de mi carne habla de la familia. Esto puede parecer una perogrullada cuando se piensa en el título, pero, como el mismo autor nos confesó una vez, entre cervezas, él tampoco fue consciente a priori de este espinazo subyacente en todos los relatos. Fue algo que surgió de un modo atávico tanto durante la escritura como al hacer la selección. Luego, durante las relecturas, terminó por aflorar de un modo incontestable. Del mismo modo que es evidente que son relatos viscerales: no se trata de historias fríamente planificadas; a mi parecer, están más emparentadas con las confesiones que se hacen en un bar o los recuerdos que salen a flote tras una noche tormentosa. Son relatos con aristas, impregnados de una

oralidad íntima y cruda, que laten de un modo intenso y apasionado. No se puede hablar de improvisación, porque incluso en la narrativa en directo de la que hace gala el autor hay un método, una estructura, pero sí es perceptible, y envidiable, esa fluidez que permite establecer una comunicación de tú a tú con el lector. En *Carne de mi carne* no se plantean historias: se desvelan con una complicidad que tiene su precio, pues nos vemos implicados en sus dramas.

Por eso también somos capaces de descorrer una cortina que podía sembrar la confusiones en una primera aproximación: el concepto de la familia. Estamos en una época en la que, por fin, se ha cuestionado de un modo general esta idea tan arraigada en nuestra sociedad, una idea tan enraizada, dejémoslo claro, que ha creado el espejismo de que la familia ha sido inmutable durante las épocas, algo que no es cierto. Y precisamente al romper ese tabú, **José María Tamparillas** ha podido acceder a un sentimiento más profundo: el de *los nuestros*.

La familia son los vínculos de sangre, en primera instancia, pero también el grupo que decide unirse con lazos más fuertes que esta. Es un constructo social y un sentimiento visceral. Es innato y es un desarrollo ligado a la educación. Y es tan complejo como contradictorio. Solo eso explica las espeluznantes relaciones de dependencia, la violencia en el seno del hogar, la crueldad y el ansia, el dolor de la soledad y su reverso tenebroso: el dolor de ciertas compañías. Si la novela gótica ya exploró las sutilezas, las miserias y los demonios de la familia, en obras como *Carne de mi carne* se desentierra este viejo fantasma para analizarlo con nuevas luces y la perspectiva inédita de nuestra generación, porque puede que los miedos adopten nuevas formas bajo nuestra mirada, pero algunos horrores son atemporales.

Señalar esta relación con los cimientos de la literatura de terror no es un mero recurso para dar más empaque al prólogo. A diferencia de autores contemporáneos de buena prosa pero poca sustancia, **José María Tamparillas** no solo tiene un bagaje cultural envidiable, sino esa gracia indispensable para sacarle partido como escritor. La narrativa de terror es símbolo, es metáfora, es lenguaje secreto para poder hablar de ciertos temores, y hay que conocer sus claves para utilizarlo. Es indudable que el tono de los relatos recogidos a continuación es eminentemente contemporáneo, urbano o rural, fijado en localizaciones fácilmente identificables de Aragón o Galicia o en perfiles más desdibujados, que

podrían corresponder a un barrio cualquiera, pero son, en todos los casos, y como preconizaba M.R. James, cercanos, para que el lector los haga suyos y se estremezca con ellos. Pero eso no impide que viejos mitos asomen sus garras, renovándose y brindando, al mismo tiempo, la solidez de la tradición a estos nuevos relatos. Charcos insondables como la laguna Estigia, masticadores de tierra, lamias de canal, ladrones de cuerpos que no llevan pala ni visitan cementerios... Sí, están ahí, a la vuelta de *tu* esquina.

Y este libro es una invitación a descubrirlos.

En las ocasiones que hemos compartido caseta en ferias de literatura, he tenido la oportunidad de ver al autor plantear la cuestión clave al viandante despistado: «¿Le gusta la literatura de terror?» Las frecuentes negativas, expresiones desazonadas, medias sonrisas nerviosas y reticencias varias se topaban entonces con una mirada misteriosa, de maestro de ceremonias, de guardián de un secreto tan vital que ha de tener un precio. Esa misma magia personal que hacía que muchos sucumbieran a la tentación y se llevaran el libro se encuentra encerrada en estas páginas. Porque **José María Tamparillas** no es un lejano arquitecto de artificios terroríficos, sino esa persona que te cruzas por la calle y con la que, si tienes suerte, podrás compartir una cerveza, una conversación, una confidencia. Y una mirada a lo más cercano, la familia, profunda como un abismo.

Juan Ángel Laguna Edroso

Eyriac

Octubre, 2018

Prólogo

EL DÍA QUE CONOCÍ A JOSÉ MARÍA, me dio miedo.

Me explico:

Con motivo de unas jornadas literarias que se organizaron en Huesca hace un par de años, tuvieron lugar unos monólogos de terror. Varios fueron los asistentes que se animaron a salir al escenario y darnos su particular visión de algunos momentos escalofriantes salpicados con gotas de humor. Pero solo uno de ellos se atrevió realmente con un relato de terror, de esos que se cuentan en una noche de tormenta, alrededor del fuego de un hogar durante el frío invierno. En el relato José María desplegó una de las cualidades que posteriormente reencontré en sus historias, una que lo define como un creador de ambientes, un perfecto estratega en el arte de colocar a sus personajes en un decorado oscuro.

A partir de ese momento tomé nota mental de intentar conseguir relatos escritos de su puño y letra, de seguir ahondando en su estilo literario, y puedo dar fe de que su nombre iba apareciendo en varias publicaciones, desde aportaciones a Axxon, Vórtice en Línea, Paura, Sable, Calabazas en el Trastero (en *Entierros*, con una obra que también forma parte de la antología de terror de *Aquelarre* publicada por Salto de Página, y en *Tijeras*) a sobre todo, algo de lo que sé que está particularmente contento, sus relatos en la revista Cthulhu. Y ojo, no para aquí, que por el camino, y antes de ver publicada su primera antología en solitario, ha ido marcando más hitos en el recorrido. Pero mejor es descubrirlo por uno mismo.

Añadir también que es uno de los miembros fundadores de Noche (Asociación de Escritores de Terror), aunque también es un buen degustador de las buenas novelas de serie negra, cosa que está tratando de inculcarme.

Carne de mi carne es, como comentábamos en varias de nuestras charlas literarias, una muestra de su buen hacer, un atreverse a buscar su aventura literaria propia. Estamos ante el final del proceso. Bueno, casi al final, porque la verdadera meta es que tú, lector, leas y disfrutes estos relatos. ¿Y qué podrás encontrar en *Carne de mi carne*?

Soy de esa clase de lectores que prefieren que el prólogo los vaya acomodando, que sea ese anuncio de *Movierecord* que antes de una película permite que te sientes en la butaca, sitúes estratégicamente las palomitas y tomes conciencia de que estás en una sala de cine y no en el salón de tu casa. Así pues, tomo ejemplo y en lugar de destripar algunos de los cuentos o siquiera dejar que se atisbe una mínima chispa de ellos, prefiero tomarlos en conjunto y avisaros del elemento común que los teje.

El Mal.

Sí, leáis bien, con mayúscula además. Ese Mal que se contrapone al Bien, que se hunde en nuestras almas y saca lo peor de nosotros mismos. Pero mejor que definirlo yo, que no soy académico de la Lengua ni nada parecido, voy a transcribir algo que en cierto momento de un relato dice uno de los personajes: «Son días en los que los supersticiosos pasan miedo y los que no lo somos comenzamos a pensar que de verdad existe algo denominado Mal. Un Mal incorpóreo, pero real, activo. Una fuerza cruel que disfruta con el sufrimiento, que goza sembrando el caos.»

Tremenda frase y tremendamente certero lo que dice el autor por boca del comisario Delgado. Una buena muestra de cómo escribe José María. Y con ello queda poco más por decir en esta pequeña introducción. ¡Ah, sí! Que no se me olvide. Este Mal que aquí se nos muestra tiene un fácil exorcismo: leer todos y cada uno de los relatos hasta el final, disfrutando de ellos, paladeando todos y cada uno de los momentos que se nos describen. Con ello conseguiremos que quede encerrado entre sus páginas y solo asome cuando nosotros queramos.

Y por supuesto, pasé miedo cuando lo conocí y sigo pasando miedo cuando me envía sus textos para que le dé una primera impresión. Continúa causando reacciones en mí cuando le leo, y como buen amante del terror que soy, quiero seguir sufriendolas.

Sigue asustándome.

Fernando Martínez
Octubre, 2011

Bendición

PEQUEÑO ASTILLERO SOLICITA APRENDIZ.

Edad de 18 a 20 años.

Salud impecable, vida sana.

No se requiere experiencia previa.

Se valorarán conocimientos de soldadura, mecánica y electricidad.

Total confidencialidad.

Interesados contactar con el señor Herminio López. Apdo. 23 Pontevedra.

—Siempre hemos sido una empresa familiar, hijo. Aun después de muchos años y cientos de empleados queremos seguir siéndolo. Buscamos, sobre todo, buena gente. Nada de lumbreras. Ya ves —el hombre abrió sus brazos—, ni nos hace falta un departamento de esos de selección de personal, recursos humanos o demás zarandajas. Me basto yo. Necesitamos una persona seria, responsable, eficaz; un muchacho que aprenda rápido y dé lo mejor que tenga... Que deje lo mejor de sí mismo con nosotros. Alguien que bien podrías ser tú, rapaz.

—Sí, señor.

Era uno de esos hombres que allá donde estuviera marcaba diferencias. Una vez lo conocías no eras capaz de olvidar su rostro, su donaire. Tenía voz de barítono, sin apenas acento, quizás algo paternalista y condescendiente. Miraba a la gente de tú a tú, oponiéndoles esos ojos oscuros, hipnotizándolos con sus manos finas de vello oscuro y ademanes envolventes. El mentón firme, el rostro surcado de arrugas, amplia frente marcada por una determinación que, estaba seguro, aterrorizaba a cualquiera que no lograra estar a la altura. Y estarlo era difícil. Herminio López, gerente de la naviera Nava S.L., director general de Nava y López, compañía familiar de pesca, presidente ejecutivo de los Astilleros Nava, envolvía con una aureola de fascinación a aquellos que hablaban con él por primera vez. Más tarde, esa apreciación evolucionaba conforme se intimaba con él, y lo hacía por dos caminos casi opuestos: admiración o

desprecio.

El muchacho, algo anonadado, recordaba frases sumidas en el ensueño. Los consejos de su asesor en la oficina de empleo. «Habla poco. Hazlo cuando se espere que digas algo. Di la verdad. Y sobre todo nunca intentes aparentar ser más de lo que eres...» Había más cosas, cosas que flotaban en un universo paralelo, irreal, ajeno a su actual estado de tensión. Pensamientos que se esforzaba por atrapar, pero que lo eludían en una danza desesperante.

—¿Así que tienes dieciocho años?

—Sí.

—¿Y acabas de terminar tus estudios de Formación Profesional en la rama de electricidad?

—Sí, señor.

Notaba el sudor frío en sus manos. Lo molestaba el cuello de la camisa y los pantalones eran como dos sacos rígidos que inmovilizaban sus piernas... De los zapatos no quería pensar nada. Tan solo tenía ganas de echarlos a la basura al llegar a casa. Lo peor era el picor, el picor que nacía en la base del cráneo, allí donde la tela del cuello de la camisa le rascaba la piel sensibilizada por el sudor. Un ardor que crecía en intensidad conforme la figura que lo interrogaba absorbía lentamente su vitalidad, su arrojo inicial, el desparpajo que había creído poseer al atravesar la puerta del despacho para enfrentarse a esa entrevista. El hormigueo pasaba a sus antebrazos, a la cara interna de sus muslos... Y aquello que lo estaba sacando secretamente de quicio era el temor a rascarse, miedo a realizar movimiento alguno fuera del que el hombre, esa especie de demonio, esperaba que hiciese.

«Si me dijera: baila, yo ahora me levantaría y zapatearía».

Gente con mayor facilidad de palabra decía de Herminio López que era una serpiente rastrera y despiadada, capaz de hechizar a cualquiera. Gente de tópicos, pero gente perspicaz.

—Veo que tu padre tiene un taller mecánico.

—Lo tenía —observó la mirada inquisitiva y expectante de su contertulio.

«Joder, lo sabe, seguro que lo lee en tu cabeza. El muy cabrón es capaz de leer tus pensamientos».

Intentó secarse las palmas de las manos con la tela del pantalón.

—Sí, lo tenía. Pero murió hace seis meses —insistió.

Había muerto, ¿no? Era cierto. Muerto. Aquello había sido una bendición caída del cielo. El picor, el maldito picor que no cesaba... Muerto

y enterrado, bien hondo. Entonces, ¿por qué se le encogía el estómago cada vez que lo recordaba?

—Vaya, rapaz, lo siento. Lo siento mucho. ¿Así que ahora tú llevas los pantalones en casa? —dijo López condescendiente, variando el ángulo de la sonrisa apenas un milímetro.

Asintió sin hablar.

—A lo que íbamos, que ya veo que ese es un tema desagradable: tendrás por tanto ciertos conocimientos de mecánica elemental. Le habrás echado una mano alguna vez, ¿no? Eso es bueno, un valor añadido.

Tragó saliva. Por unos segundos su mente se trasladó a otro lugar. Un sitio en el que el olor a gasolina, a aceite de motor, a sudor rancio y alcohol barato acomodaban un recuerdo doloroso. Como otras veces, apagó el interruptor de la antena que lo conectaba con el pasado, lo hizo antes de que la voz autoritaria surgiera de la niebla y comenzara a hacerle temblar, antes de sentir la vaharada de aquel aliento de alcohólico violento.

—Sí. A veces le ayudaba. —Deseaba, con toda la fuerza que era capaz, poder levantarse, dejar a ese tipo con un palmo de narices. Decirle que si seguía por ese lado, el empleo se lo podía meter en el culo.

Hubo un silencio. Un silencio absoluto en el que el hombre lo miró fijamente, sin parpadear. Durante esos segundos los pensamientos del muchacho se volvieron confusos. La respiración se detuvo. El corazón se puso a latir con una agitación incómoda. Tuvo el presentimiento aterrador de que sus ideas no habían sido tales, sino palabras pronunciadas por sus labios; de que aquel hombre, tan parecido y al mismo tiempo tan diferente a su padre, le hubiera escuchado decir, pensar, afirmar aquellas cosas en el fondo de su mente.

—Me caes bien, rapaz —susurró López enseñándole una hilera de dientes afilados—. Eres un chico sano, eso se ve —le guiñó un ojo—. Ya me entiendes: no me gustaría tener en el taller a un drogadicto, a un rebelde consentido y caprichoso, un enfermo del alma; no nos gustan esos enfermos del alma, no nos gustan nada.

Su sonrisa se había convertido en una mueca escalofriante. Sus labios eran una línea seca, apenas curvada, que surcaba un rostro amarillento.

—Mira, no me voy a poner a filosofar. No te hablaré ni de convicciones, ni de principios. De esas cosas que son fundamentales y que los de tu edad os pasáis por la entrepierna. Solo te diré que exijo de mis trabajadores lo mismo que me exijo a mí mismo: rectitud. Me considero una persona sana,

sana de mente, de espíritu y de cuerpo. ¿Me entiendes? Rectitud.

No, no lo entendía, pero su voz penetraba hasta la profundidad de su cerebro, lo aturdía, lo encantaba.

–Ajá –acertó a decir.

–Entonces, ¿me aseguras que eres un tío sano? ¿Alguien en quien puedo confiar?

–Sí, señor.

El hombre le dio una palmada en el antebrazo.

–Así me gusta, rapaz. No me importa que seas un cabronazo, un bala perdida mientras cumplas como Dios manda donde uno tiene que cumplir como un hombre de palabra; me acuerdo todavía de cuando yo tenía tu edad... –perdió el hilo y volvió a señalarlo con un dedo–. Pero, hijo, no me decepciones. Deposito toda mi confianza en ti.

La voz martilleaba sus centros de atención con un ritmo preciso, la musicalidad disonante del *no me decepciones* le había hecho saltar del asiento.

«Y si me decepcionas te romperé todos los huesos, te sacaré las tripas, te arrancaré la piel del rostro. Haré que te arrepientas de haberme conocido. Haré que desees no haber nacido. Tu padre será una hermanita de la caridad a mi lado». El chico susurró así, con su propia voz, entre sus meditaciones. No obstante, por debajo de aquella corriente de temor y desasosiego, un pequeño detalle, una percepción se iba imponiendo, desarrollando, hinchando su pecho de una contradictoria satisfacción.

«Deposito toda mi confianza en ti.»

–¿Significa eso que el empleo es mío?

El hombre se irguió del sillón, asustándolo. Le ofrecía su manaza de uñas cuidadas.

–Chico, si estás de acuerdo, ya eres de la familia.

La cantina olía a frituras y sudor. El locutor de televisión se esforzaba sin el menor éxito, indiferente quizá desde su burbuja de cristal, en comentar del último y más sangriento atentado que agravaba la crisis palestino-israelí. Cien conversaciones, la sordina de la loza al ser fregada y secada una y otra vez, el quejido de las bisagras de la puerta que daba a la cocina lo acallaban, lo relegaban a un plano de inexistencia.

El muchacho intentaba atacar con algo de alegría su plato de caldo. Pero al final siempre se encontraba en la misma situación: contemplando el

lento girar de las patatas entre sus compañeras las alubias, a la busca de ese peregrino trozo de lacón cargado de grasa rancia. No tenía hambre. Estaba cansado, mentalmente cansado.

—Hola, rapaz —escuchó.

El hombre aparentaba unos sesenta años. Algo imposible, nadie llegaba a los sesenta y seguía en el puerto: o la palmabas o te prejubilaban. Quizá no fuera tan viejo. Eso podía ser. Echó un vistazo a su alrededor; todos aparentaban tener diez años más de los que la naturaleza les había dado, rostros abotargados, grises, cargados de achaques y dolores. Era el estigma, el precio a pagar, uno de tantos dentro de la larga lista de deudas vitales que lo desangraban a uno. Volvió a poner su atención en el tipo que lo había saludado. Le era vagamente conocido. Un regusto extraño en su cerebro lo situaba dentro de esa atmósfera cercana de quienes han sido habituales en un momento dado de nuestra vida, pero a quienes apenas hemos prestado atención.

El tipo se sentó delante de él, donde antes había compartido mesa y silencio con un compañero de trabajo. Dio un gran bocado a un mugriento bocadillo de lomo y pimientos. El aceite le goteaba por las comisuras de los labios.

—¿Ya no te acuerdas de mí, Julito? Mira que te tuve veces entre las piernas cuando eras un crío.

Voz gangosa, arrastrada, de alcohólico.

Fue eso, eso y el manoteo sincopado el que le abrió definitivamente las puertas de la evocación. Se trataba de un viejo amigo de su padre, un compañero de juergas y borrachera. Uno más de aquella camarilla desafortunada, bronca y alborotadora. Lo recordaba sentado en el bar, siempre en el bar, en cualquier bar al lado de su padre, ambos con una copa de coñac u orujo cerca de la mano, sonrientes y bromistas, engañosos. Día tras día entraba en ese bar en busca de su padre, acuciado por la desesperación silenciosa de su madre y su propia hambre y veía a esos hombres zafios, derrotados, huraños, pero momentáneamente felices por poder llevarse algo de alcohol al estómago.

—Ahora eres todo un hombre... Oye, siento mucho lo del viejo. Era un cabrón, un auténtico hijo de puta, pero tenía algo —amagó una palmada de complicidad—. ¿Tu madre va bien?

No paraba de mover las manos. Como las de todos quienes trabajaban en el astillero, estaban agrietadas, reseca, cuajadas de cortes, sabañones y

cicatrices. Y sobre todo observaba la mugre, esa mugre negra, densa, pegajosa que ningún jabón disolvía ni limpiaba. Una suciedad inherente y esencial, una roña que crecía año tras año malgastado en ese sin vivir. De reojo miró sus propias manos y sintió un escalofrío.

–Va tirando. Hace tiempo que no la veo. Me marché de casa –respondió sin ganas.

–Bien, rapaz. Esta vida es una putada, pero hay que tirar adelante... Por cierto, ¿dónde andas trabajando?

–Nava, en los astilleros –dijo lacónico.

–Joder...

El hombre dejó de masticar. Cuando no reía, sus ojos azules perdían la vitalidad y aparentaba ser lo que era: un pobre diablo sin futuro. Las ojeras y las arrugas los cubrían bajo una capa de tristeza. La soledad asomaba su cabeza burlona. Un cansancio infinito recorría cada pliegue de piel, cubría cada poro, encanecía la barba rala.

–Vaya, eso es bueno... ¿no? Bueno, a lo mejor... pero...

Sabe Dios qué conversación sostenía consigo mismo, ahí dentro. Notó la misma incomodidad que afloraba en aquellos a quienes les explicaba que llevaba trabajando un mes en los astilleros Nava. No es que fuese algo perceptible de forma directa, sino más bien el juego de silencios asociados a una mirada especial, mezcla de miedo, piedad y confusión. Las empresas Nava no tenían buena fama. Nadie era capaz de expresar con claridad por qué. Era un hecho indiscutible, arraigado en el alma de las gentes, y con eso bastaba. Era de esas verdades que nadie cuestionaba, pero que tampoco nadie era capaz de argumentar. Nava y su mala fama... se convertía en un tabú que comenzaba a despertar un prurito que reprimía en su organismo.

–¿Así que para los Nava? Los Nava y su perro de presa: Herminio López...

Dejó la cuchara. Meditó unos segundos. Aquella, si era capaz de manejarla, era una buena oportunidad para saciar su curiosidad. Aquel tipo sabía más de lo que decía, igual que muchos otros. Pero ese borracho en concreto, a sus ojos, era vulnerable. Si tenía paciencia y tacto podía romper con el tiempo la barrera invisible que encerraba unos hechos, unos pensamientos, una verdad escondida.

–Una buena empresa, ¿verdad?

–Sí... –Arrastró la respuesta, como si no estuviera convencido del todo.

–Por cierto, ¿no quieres nada? Voy a pedir el café. Nos beberemos luego

en cualquier lado un coñac, a la salud del viejo.

El hombre se relamió. La mirada se volvió a encender. Los alcohólicos poseen una destreza especial a la hora de olvidarse apresuradamente de aquello que no quieren recordar. Al chico le temblaron las manos: «el viejo».

—Y entonces tu padre fue y le tiró la copa por los pantalones.

Ambos se reían a carcajadas. El chico esperaba que las suyas sonaran creíbles. Cada minuto de conversación, cada referencia a su padre, a lo buen colega que era, lo alegre que era, lo amigo de sus amigos que era, lo buen camarada que era, le despertaba acidez de estómago y una rabia contenida.

—Estaría contento de ver que te desenvuelves como un hombre hecho y derecho.

—Eso creo, Juan Luis, eso creo —le dijo sin creer una palabra.

Decidió que era el momento de lanzar el dardo.

—Por cierto, que no sé que hubiera dicho, qué hubiera pensado, si se hubiera enterado de que iba a trabajar en la empresa Nava...

De nuevo el rostro del hombre se replegó sobre sí mismo, envejeciendo otros cinco años de golpe. Quizá su auténtica edad, más allá de la que marcaba su DNI. Sabía que el alcohol era un afrodisíaco mental, un enlace excelente para atrapar en la mente de un borracho aquello que constituía una revelación. Una de las pocas realidades de la bebida es que mata la timidez. Con ella los secretos son carbones encendidos que queman en la lengua, ascuas que hay que soltar enseguida. Advirtió con expectación la lucha que se trababa ahí dentro, en ese cerebro masacrado.

Pero él no tenía duda. Lo tenía señalado en la carne, y quizá mucho más profundamente aunque invisible. El alcohol siempre derrotaba a la prudencia. La química de la adicción era implacable. Comprobó, no sin cierto deleite, cómo se resolvía el conflicto a su favor. Lentamente se descorrió el telón:

—Nava, esos cabrones... La dichosa compañía Nava —parecía deleitarse con el sonido de su propia voz—, menuda banda de canallas.

»¿Te acuerdas de la reconversión? Esos cabrones de políticos decidieron que era hora de jodernos un poco a todos. No hubo empresa que no saliera mal parada. Según ellos todas necesitaban parches... jodidos parches... Echaron a la calle a no sé cuántos, esos fueron sus parches: matarnos de

hambre, quitarnos la dignidad –el viejo chasqueó la lengua–. A lo que iba, todas tocadas, muchas bien hundidas para siempre, sobre todo las pequeñas. Todas menos las Nava. Esas se mantuvieron a flote. Nadie sabe de dónde sacaron el dinero, cómo lograron los contratos. De sus talleres salían siempre dos o tres barcos de medio tonelaje y bastantes más de pequeño calado. Y, rapaz, te hablo de una época en la que ni los grandes, con todos sus jodidos contactos; ni los grandes conseguían apalabrar la construcción de un pesquero de juguete.»

El chico reflexionaba. Nada de lo que oía calmaba su curiosidad.

–Pero eso es bueno; fue bueno, ¿no?

El hombre se sorbió los mocos ruidosamente. Lo miraba con las pupilas dilatadas, ahogadas en una red de venillas hinchadas. Una vez más sintió aquel escalofrío al contemplar una estampa repetida, idéntica a su manera a esa otra que pugnaba por dejar atrás.

–¿Bueno? ¿Bueno? –miró a un lado y a otro, como vigilando que nadie cercano pudiera oírlo–. ¿Tú me dirás, rapaz? Nada es bueno si tiene relación con las empresas Nava. Nada. Ellos y el cabrón de Herminio López encontraron el medio adecuado para saldar viejas deudas...

»Siempre se los ha odiado. Siempre han ido a contracorriente: humillando, desangrando... ellos, los señoritos. Por encima de cualquiera, con su dignidad de déspotas. Sí, definitivamente les gustaba humillar, dejar bien a las claras quién era el que mandaba... eso y otras cosas –el hombre se echó al colete el resto de lo que quedaba de su tercera copa de coñac, de golpe. Cerró los ojos. Con sus manazas se aferró al cristal turbio. Sus nudillos se blanquearon. Estaba claro que llegaba a la zona de su memoria en la que las salvaguardas eran más tenaces–. Siempre se han contado cosas extrañas acerca de ellos. Que no me jodan, pero siempre han tenido la suerte de cara aun cuando las cosas pintaban bastos para todos. Ha habido gente que ha trabajado para ellos, que ha abierto la boca para relatar algunas experiencias raras... Sí, horribles. Tipos que más tarde han desaparecido sin dejar rastro.

»Hay que ser un canalla, estar desesperado o ser un ignorante para trabajar con ellos. Ahí los tienes. La gente los rehuye. Contratan a más extranjeros que nadie. ¿Y qué personajes? ¿De qué lugares más inverosímiles? Dan casi tanto miedo como ellos...

»Ha habido malas épocas. Meses en los que ningún pesquero recogía nada en las redes. Las de los de la compañía Nava siempre han salido del

agua llenas aun entonces. No se conoce ningún naufragio de ninguno de sus barcos... y –se repitió, como si eso fuera importante para él– además esa costumbre de contratar a extranjeros, a tipos raros, de una catadura que hasta a mí me da miedo, y te juro que he estado en puertos en los que hasta un legionario temblaría...»

El chico se dio cuenta de que sostenía su propia copa con ademán vacilante.

El hombre lo miró fijamente, evaluando el efecto de sus palabras, como si se arrepintiera de haberlas dicho. Sin embargo, el río corría desaforado, fuera del cauce, imparable:

–Es extraño, es como si hubieran hecho un pacto con el mismísimo Satanás... –Se relamió los labios–. Sí, eso se dice, esa es la comidilla que todos saben y nadie se atreve a mentar... –Con un gesto brusco lo asió por la muñeca. Aquella vieja mano correosa poseía una fuerza inusitada–. Un pacto con el diablo. –Apretó más, hasta el dolor–. Sal de ahí, muchacho, sal en cuanto puedas. Sal antes de que te corrompan.

No hubo manera de que continuara. El viejo comenzó a mirar de un lado a otro de forma apremiante, con un incipiente temblor de manos. Observó la expresión de quien espera a un confidente, a un espía tras cualquier esquina.

–Mierda, chico. He hablado mucho.

Trató de calmarlo.

–Pero eso que me dices no son más que supersticiones... envidias.

El hombre se tuvo que agarrar al borde de la mesa. Lo miró con furia.

–Y unos cojones. ¿Piensas que te he mentado, rapaz? –Le susurró con los dientes apretados. Tenía pose amenazadora. Por un instante el chico tuvo miedo–. Espera y verás.

Ruido. Ruido ensordecedor. Ruido interminable, que se mete en tus oídos. No importa que te pongas tapones. No importa cuánto tiempo llesves acostumbrándote a él, todos los días crea nuevas combinaciones, nuevas estridencias que hacen que el cerebro amenace con licuarse. Se filtra en tu organismo, llega a los oídos desde dentro, reverbera desde las tripas.

El chico se ajustó el casco y los auriculares de protección. Estaba seguro, él sabía que era una tontería, pero noche tras noche soñaba la misma pesadilla: aquella en la que, lentamente, todo ese ruido le iba diluyendo las neuronas, volviéndole el cerebro algo parecido a la horchata. No solo a él,

sino a todos quienes trabajaban a su lado.

Una vez más los miró. Lo hacía a hurtadillas, temeroso de que lo viesan observándolos, midiéndolos. No quería reconocerlo, pero día a día las palabras del amigo de su padre, el aviso supersticioso, iban minando su confianza, creando incipientes zarcillos de reserva que se extendían por el cerebro como la madreselva en un muro, sensibilizándolo ante actitudes excepcionales. Observó aquellos rostros ennegrecidos por el aire impregnado del hollín de las soldaduras. Inexpresivos, inarticulados, desconocidos. Había gente de todas las razas. Predominaban los lugareños, hoscos y silenciosos, quemados por interminables jornadas a destajo. Pero había desde orientales –sabía que muchos eran indonesios– y sudamericanos hasta negros del oeste de África. Más que en ningún otro astillero, doblando o triplicando el porcentaje habitual. Todos más silenciosos y toscos que sus propios compatriotas.

El mismo capataz era un recio tipo nacido en Guinea Ecuatorial. Un tal Eusebio González. Podía sentir su presencia dominante. Sus dos metros de carne negra y músculos de atleta sobredimensionado, alerta ante cualquier movimiento. A veces tenía la sensación de que lo acechaba, de que no perdía ojo a ninguno de sus pasos, de que esa actitud sociable escondía un segundo sentido. Y, sin embargo, siempre era él, un tipo locuaz y amable, quien solucionaba sus dudas sin enfadarse. Un tipo atento a sus problemas, paciente en sus explicaciones.

Había mañanas en las que tenía la impresión de que lo mimaba igual que se hace con una mascota.

Volvió a centrarse en su trabajo. Tenía que revisar la instalación eléctrica que iba por las paredes de la sala de máquinas. Estaba en el vientre de un gran pesquero. Construían un barco de altura, un congelador que la empresa Nava de pesca iba a mandar en la siguiente campaña a Terranova. Era un ser de metal hermoso, perfecto, un mecanismo de relojería. Le gustaba su equilibrio, su silencio sereno, falto de segundas intenciones, de un alma que corromper. Solo mecánica, regida por leyes claras y precisas. Por alguna razón desconocida, a veces se asustaba de su propio inconsciente. Se acordó de su madre. Llevaba tres semanas sin llamarla. Sí, se dijo a sí mismo... «un barco posee la cualidad perfecta del silencio... No te pide nada a cambio, no espera de ti nada más que des los pasos correctos. Requiere el cariño justo, no como ese amor desmedido y asfixiante que exigen algunos seres humanos».

Apretó los puños alrededor del alicate.

No debía pensar en ello...

Comenzó sentir una creciente sensación de incomodidad. Era como si le faltase algo y no supiera bien el qué. Pasaron unos segundos hasta que se dio cuenta de que era el ruido. El eco continuo que resonaba a través de las protecciones había cesado de golpe. Miró su reloj. No era la hora del fin del turno. Con la mirada buscó a su capataz. Entonces vio a las tres figuras que se acercaban a paso lento. Todo trabajo había cesado. Cada uno de los obreros se apartaba un poco para dejar espacio a la pequeña comitiva. Algunos de los indonesios adoptaban una clara actitud servil, agachándose levemente a su paso, desviando la mirada, cuchicheando entre sí. Algunos españoles se arrinconaban un poco más de lo necesario, la mirada en el suelo, el ceño fruncido.

Solo cuando se acercaron a él y la tenue luz de las bombillas que iluminaban la zona de trabajo alumbró los rostros de esos personajes, los reconoció. Uno era el capataz, Eusebio, extrañamente apocado, empequeñecido, como dominado por un miedo sutil. El segundo, enfundado en su traje negro, era Herminio López. El tercero era un desconocido, un desconocido que impresionaba. Tenía que andar agachado aunque el pasillo era alto. Le sacaba casi una cabeza al capataz, lo cual indicaba que su estatura pasaba de los dos diez. Su edad era indefinida. Bien podría no llegar a los cuarenta años como pasar la cincuentena sin problemas. Era delgado, un palo seco estirado y de facciones avinagradas. El pelo, más largo de lo normal, le canebaba, le llegaba hasta la nuca en una media melena cuidada. Pero lo que más impresionaba era la blancura de su piel. Su rostro era una mancha blanca inexpresiva, un borrón exánime que reflejaba con tono malsano la pobre luz amarillenta de las linternas. Cejas espesas y grises, mejillas secas, pequeñas orejas de fauno. Un hombre acostumbrado a mandar sin tener que decir nada, terrible en sus arrebatos, imaginó.

Ese tercer hombre no apartaba la mirada de la suya

—Chico, deja lo que estés haciendo. Aquí quieren hablar un rato contigo.
—El capataz lo sacó de su aturdimiento.

—Deja, Eusebio —dijo el señor López—, aquí el rapaz y yo hicimos muy buenas migas. ¿Es buen trabajador?

—Lo hace bien —respondió el guineano, servil—, aprende rápido.

El hombre alto seguía mirándolo sin decir nada, penetrando en él, como

si buscara algo en su interior.

—Y tú, rapaz, ¿qué tal estás? ¿Lo llevas bien? —López le sonreía sacudiéndose una imaginaria mancha de su traje impoluto. Estaba visiblemente nervioso. Daba la impresión de que su acompañante, el tipo alto, lo inquietase más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Tardó en reaccionar. Unos latidos de corazón violentos, subyugado por la presencia dominante del tipo silencioso. Acertó a asentir con la cabeza.

—Mira, chico, andábamos echando un vistazo al trabajo. Este caballero es el señor Lucas Nava, uno de los propietarios de la empresa. Andábamos por acá y me he acordado de que aquí estaba la última adquisición de nuestra empresa, de la familia, la sangre nueva. Y mira, el señor Nava me ha dicho: vamos, Herminio, tengo ganas de conocerlo. Tengo ganas de ver quién representa el futuro inmediato de la compañía.

López hablaba deprisa, a trompicones, como lo haría alguien nervioso.

El señor Nava, severo, inclinó los ojos con ademán sucinto, como si su subordinado hubiera dicho lo que él pensaba sin el menor error, pero no tan bien como él esperaba.

—El señor Nava será el capitán de este barco..., sí —López exageraba su jovialidad. Se le veía fuera de control, sometido a la figura de su derecha—. Sí. Sangre nueva. Nuestro futuro, chico. Queremos que sepas que se espera mucho de ti... mucho. Eso es. Todo organismo necesita renovación. Todo ser viviente, y esta empresa en concreto también, aunque no lo creas, necesita regenerarse.

De nuevo Nava asintió con la laxitud de un depredador, de una gigantesca mantis religiosa.

—La juventud, la vitalidad es necesaria para seguir adelante —afirmó.

Tenía la voz ronca. Profunda. Voz de quien no espera que se contradigan sus palabras. Al chico se le puso el vello de punta. Nava le extendía su mano derecha. Dudó unos segundos, pero reaccionó a tiempo de quitarse el guante.

Era una mano fría, sin vida. Un apretón firme, duradero y doloroso.

Sabía que jamás iba a poder olvidar aquellos dos ojos.

No fue una botadura sonada. No hubo invitados de relumbre. Solo ellos con caras de cansancio y satisfacción. Y lo más raro de todo, ningún sacerdote que bendijera el barco. La vieja costumbre se posponía. O quizá hasta en eso eran especiales los Nava, descreídos, ateos. Qué más le daba,

¿no lo era él también? El casco hizo un ruido seco al tocar el agua. El Marea III, por unos segundos, estuvo vacilando, bamboleándose de un lado a otro hasta alcanzar el equilibrio, como si tuviese que acostumbrarse a su nueva situación, a su nuevo hogar.

Todavía quedaba trabajo, unos pocos días para comprobar la instalación eléctrica, los aparatos de navegación, ajustar las máquinas. Luego, por lo que había escuchado en los vestuarios, Lucas Nava capitanearía las primeras salidas.

Estaba allí, al lado de López y otras dos personas que no conocía. Como si quisiera asegurarse de que todo iba a salir a la perfección, no cesaba de mirar con esa fijeza extravagante cada movimiento. Serio, sin la alegría que debería ser la nota normal.

–Una más –escuchó a su lado.

Era su capataz. Sus anchos labios se curvaban cruzando su rostro de lado a lado, mostrando una sonrisa enigmática, bestial.

–Es hermoso –repuso el chico.

–Ahora solo le falta la bendición... Un barco no es tal hasta que no se pone en paz con *El que todo lo manda*.

Sin saber bien por qué, un escalofrío le recorrió la espalda. El negro lo miraba de soslayo. Sonreía con la expresión de quien está por encima y advierte fases del juego que el contrincante desconoce.

–¿Cuándo será? –preguntó.

Más enigmático y oscuro que nunca, su jefe respondió:

–A su debido tiempo, chico. A su debido tiempo.

Como si el susurro del guineano hubiera sido empujado por un viento silencioso hasta allí, se encontró con la mirada de Lucas Nava fija en él. No sonreía, sus facciones eran un enigma.

Esa jornada les habían dado el día libre a todos. Una especie de recompensa.

Se encontró dando vueltas por el barrio más cercano al gran puerto pesquero. No se le ocurría nadie con quien hablar, a quien llamar o besar. Una vez más se dio cuenta de lo solitario que se había vuelto. Era un día frío y la soledad hacía que ese toque se introdujese hasta esos adentros más íntimos y resguardados, amplificándolo. Podía ir a ver a su madre. Pero pensó que no tenía ganas de someterse al ritual de amor incondicional mezclado con reproche y amargura. Vaciló a la hora de entrar en una de las

tabernas. Pensó que un café, y quizá una copa, le servirían para entrar en calor. Sentía una congoja perturbadora e inexplicable.

—Tú eras amigo del Juan José.

El camarero le estaba hablando. El café se había enfriado. Tardó en darse cuenta de que a quién se refería era al viejo camarada de su padre, el borrachín con el que había estado conversando ahí mismo meses antes.

Asintió con mala cara, quería algo de silencio, necesitaba reflexionar, pero todavía no sabía bien acerca de qué...

—¿Te habrás enterado? —insistió el otro.

—¿De qué?

—La ha palmado en un accidente. Lo atropelló una camioneta. —Lo miró unos segundos, calibrando la reacción—. Fue uno de esos orientales, uno de esos malayos que trabajan para los Nava. Era su primer día de trabajo, el tío estaba muy afectado... Dijo que no lo vio salir del almacén, bueno, eso comentan los que entienden su jodido idioma. —Negaba con la cabeza—. Mala suerte, muy mala suerte. No era mal tipo. Lo enterraron ayer.

El camarero, una vez satisfecho de haber cumplido con su deber, le volvió a dejar a solas.

Algo extraño le revolvía el estómago. Algo indefinible. Un desconcierto que enturbiaba sus pensamientos. Las manos le empezaron a temblar. Las apretó con fuerza una con la otra hasta que los nudillos se le blanquearon.

Tenía miedo, pero peor que el miedo era la incertidumbre de no saber a qué le tenía miedo.

La noche se reflejaba con toda su siniestra hermosura sobre la turbada superficie del océano. Miles de estrellas, como nunca las había visto, orlaban el cielo sin luna. El firmamento le ofrecía una sensación de infinitud todavía mayor que ese horizonte de agua sin fin. El barco se mecía suavemente. Diminuto, pensó. Nada al lado de la eternidad que lo asediaba. Los marineros estaban en plena ebullición. Era la primera singladura del Marea III. Aquello ya no era un juego, sino la eterna lucha entre el pescador y sus presas, con el océano como árbitro y campo de juego. Cada cual tenía una tarea asignada y la cumplía con profesionalidad y discreción, sin descanso. Todos, excepto él. Llevaba seis días a bordo. Seis días en los que apenas había tenido trabajo. Lo habían embarcado para que revisara los posibles fallos de última hora en la instalación eléctrica. Hasta ahora solo había arreglado tres míseros enchufes y un par de interruptores

en los camarotes de la tripulación.

La tripulación.

Otra vez la mezcla de razas. Se veía como un extraño. Apenas habría un par de compatriotas aparte del capitán y su contramaestre. Lucas Nava imponía, si cabe, un mayor respeto en su puente de mando, envuelto en aquel gabán color azul marino. Había leído *Moby-Dick*, una versión resumida, en su niñez. Imaginó que el capitán Ahab bien podría haber sido una réplica de ese Nava, inquietante, orgulloso y despótico. Trataba a su tripulación con un seco desprecio. Se había venido comportando como una especie de dios todopoderoso. A veces detectaba en él trazas de una crueldad implacable, de una de esas personas que disfruta causando dolor. Y, sin embargo, sus subordinados lo adoraban: más serviles que medrosos, más encantados que encadenados, sonreían ante cada una de sus órdenes, insultos e imprecaciones como si fuera un ente superior, un demiurgo cuyos designios estuviesen por encima de su capacidad de comprensión.

No obstante, con él había sido amable. Nada más embarcar lo había invitado a subir al puente de mando. Allí, rodeado de esos instrumentos silenciosos y eficaces, había charlado con él, café en mano.

—Es un buen barco. El mejor de nuestra flota. Y es parte tuyo. Tú has contribuido a que sea así... Ahora, chico, debes terminar tu trabajo. Tienes que poner una última parte de tu ser en él y todo habrá terminado. Puedes estar orgulloso.

Enigma o solo parábola, no estuvo a gusto en ningún instante de la entrevista. Y eso que el capitán en todo momento se mostró deferente, hasta intentó ser cordial. Lo mismo que la tripulación. Quizá por su juventud, quizá por esa familiaridad que Nava le mostraba, todos ellos sonreían al pasar a su lado. Todos lo atendían con cierta diligencia y simpatía. A veces no podía por menos que pensar que era algo así como un fetiche que trajera suerte, un amuleto al que mimaban, supersticiosos. De nuevo, una mascota.

Un español, uno que atendía al nombre de Román, contemplaba a unos tres metros, igual que él mismo, el mar. Se lo veía expectante. Todos lo estaban. Era su segunda noche de prueba. Hasta ahora ningún banco de peces había aparecido en la pantalla del sonar.

—¿El mar es hermoso? —se atrevió a decir.

El tal Román ni lo miró.

—Solo a veces, chico. Solo a veces. Da, pero también pide —entonces sí lo

miró. En su rostro se marcaba una expresión de pena y asco—, a veces, demasiado.

Escuchó pasos tras él.

—El capitán llamarte... tú subir. Cables ir mal.

Era un oriental, uno de tantos, sin nombre, solo un rostro que se le antojaba salvaje y exótico.

No tenía ganas de ir. Ninguna gana. Aun así sus pies se movieron por él. Con paso cansino y los ojos entrecerrados subió las escaleras que llevaban al puente. Una perturbación en sus entrañas se dibujaba como una especie de premonición incierta. El aire, cargado de sal, parecía querer detenerlo, impedir su avance.

El capitán sostenía su taza de café. Su rostro enjuto era el de un demonio. Debido al reflejo de la leve iluminación en rojo de la sala, sus rasgos se perfilaban aún más maliciosos e inescrutables. Se lo veía contrariado. Su contraemaestre, un hombre de baja estatura y eternas ojeras, lo miraba con fijeza.

—Problema sobre problema, rapaz. —Nava dio un sorbo a su café. Ahora miraba la pantalla de lo que debía de ser el sonar—. Por estos lares la pesca siempre ha sido buena para nosotros. No sé qué pasa estos días, por qué nuestros amigos los peces no se dignan a aparecer.

El contraemaestre sonrió mientras lo miraba directamente. Era la primera vez que lo veía hacerlo. No sabía dónde podía encontrar el chiste, pero lo había.

—Y para terminar de joderla, parece que tendrás que ensuciarte las manos.

Nava y su segundo cruzaron una mirada. Este habló.

—Debe de haber un cortocircuito en alguna parte. Hemos llamado al ingeniero por la radio y según su experto razonar el problema está por aquí —señaló un plano en una mesa—. Tienes que buscar una caja de color rojo, ha dicho. Una caja y un par de cables mal empalmados o algo así... tú lo sabrás mejor que yo, ¿no eres electricista?

Nava se despidió de él con un sucinto saludo.

—Suerte, chaval.

El mismo tipo, el oriental que le había venido a buscar, lo acompañó hasta el vientre del barco.

Bajaron por interminables escaleras, atravesando lo que le parecieron cientos de escotillas. Nunca había imaginado un barco como un laberinto,

un enorme dédalo de metal. Pero ahí lo tenía. Se veía perdido. Lo irritaba la seguridad con la que el hombrecillo nunca dudaba al girar por un cruce o al meterse en un pasillo. Cada escotilla que dejaban atrás lo alejaba un poco más de cubierta. Imaginó lo que debía de ser una bajada a los infiernos. El calor aumentaba. La bolsa con las herramientas le pesaba. No tenía ni idea de cómo se llamaba el lugar al que iban. ¿Una sentina, una bodega...? Llegó un momento en el que todo se oscureció y tuvieron que usar linternas. El pasillo se había estrechado hasta hacerse la pesadilla de un claustrofóbico. Hacía calor, mucho calor. Notaba su cuerpo sudoroso, la ropa pegada a su piel con tacto de muerto. Palpó la pared. Tuvo la sensación de que el océano estaba al otro lado, más cerca que nunca, apenas separado por una mampara de metal. Al otro lado, su mano izquierda casi se abrasó. Sintió el latido rítmico de la sala de máquinas, escuchaba el sordo rumor de los motores.

–Ser aquí.

El hombrecillo señalaba una escotilla diminuta abierta en el suelo.

Dejó sus herramientas en el suelo. Le dio su linterna al hombre.

–Yo dar ahora, tú bajar con cuidado, puedes hacer daño. –Tenía una sonrisa de idiota. Una sonrisa que contraía su rostro sudoroso y moreno. Una sonrisa exagerada y falsa.

Tuvo que apoyarse en las dos manos, introducir sus piernas con cuidado. Se vio a sí mismo engullido por un leviatán. La oscuridad era casi completa. El aire era caliente, casi sofocante. Era un agujero estrecho, en el que apenas podría maniobrar, de unos dos metros escasos de altura. Abajo vio un brillo líquido, agua o aceite, y pensó que era un extraño lugar para instalar una caja de cables.

El primer golpe lo descompuso. No sintió el dolor, un dolor lacerante y agudo, hasta que no levantó la mirada, aturdido y asustado. El oriental, con sus facciones contraídas por una infinita maldad, bajó otra vez la linterna. Esa vez el impacto fue brutal. Antes de desvanecerse creyó escuchar el chasquido de algún hueso.

Silencio y oscuridad.

Tan solo oscuridad. Oscuridad e inmovilidad.

Escuchaba el murmullo de su voz, apagado, confuso, como si tuviera que atravesar cientos de metros de una sustancia densa antes de llegar a su oído. Escuchaba pero no entendía apenas nada de lo que susurraba.

Algo no iba bien. Tenía la certeza de que a su alrededor había algo que no cuadraba, una disonancia, un acorde fuera de lugar que estropeaba la sinfonía de silencio. Intentó moverse. Subir un brazo, mover la mano, intentar rascarse el incómodo picor que le agujoneaba la nariz. No pudo. Su brazo se vio obligado a permanecer donde estaba, pegado a su cuerpo, aprisionado por una fuerza desconocida. Lo intentó de nuevo, con más fuerza. De nuevo tuvo que parar. Ni a un lado, ni hacia arriba, solo hacia abajo y un poco hacia sí mismo. Llegaba a tocarse la cadera, pero no más allá. Y el esfuerzo lo extenuaba, lo obligaba a respirar más deprisa aquella atmósfera casi sólida y ardiente.

Estaba atrapado.

Comenzó a ponerse nervioso. La voz, su voz, puesto que la reconocía, seguía estampándose mutilada, debilitada, contra sus oídos. Giró la cabeza. A lo mejor desde otro ángulo, la oscuridad no resultaba ser tan siniestra. Un relámpago de dolor atroz se deslizó por toda su espina dorsal desde la cadera, hasta el cuello, donde estalló inmovilizándolo con una rigidez momentánea, pero total. Los ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

Unos segundos, estuvo pensando unos segundos. A solas con el latido de su corazón. Reconsideró su situación.

¿Qué situación?

¿Dónde estoy?

Intentó girar el torso. Había algo que le impedía respirar con facilidad. Una fuerza increíble le aplastaba el pecho. Una fuerza ominosa que solo aparecía cuando intentaba inspirar. Inquieto, sentía la ligera caricia de la angustia jugueteando con sus pensamientos, y lo peor era aquella sensación de extrañeza, la imposibilidad de reconocer la discordancia: eso, y el casi no poder respirar, el no poder moverse. Sí. Eso, y el calor, y el frío; el terrible calor que le abrasaba la piel en algunos lados, el frío cortante que se la congelaba en otros.

Extraño. Todo era muy extraño.

Y, sin embargo, se mantenía parado, como a la espera de algo, como si la angustia creciente no hubiera llegado a ese límite que dispara los mecanismos de defensa. Reflexionó unos instantes. Pero estaba aturdido y era incapaz de hilvanar varios razonamientos continuados. Se relajó un poco. Sintió, confundido, cómo las lágrimas se desgranaban una a una por sus mejillas.

«¿Por qué lloras?»

«¿Por qué coño estás llorando?»

Ladeó la cabeza. Si todo no estuviera tan oscuro... De nuevo el relámpago de dolor nació en el coxis y emergió en la base de su cuello como una explosión. Una retahíla de exabruptos acompañó a sus pensamientos turbulentos. Si pudiera moverse... Jadeando lo intentó con una pierna. Sin éxito. Demasiado peso. Notaba las rodillas dobladas, el cuerpo laxo... sí, eso era. Alegría, por fin había logrado aclarar algo de entre toda esa confusión. Estaba de pie, sí, de pie; y su propio peso era el que impedía a sus rodillas flexionarse.

«Vaya. Estoy de pie, algo es algo»

Ensoñación. Las cosas se aclaraban un poco en el amasijo caótico que era el conjunto de sus neuronas. Eso era: un estado de ensoñación y letargia.

Aterrado, se dio cuenta de que no podía ir más allá. No había pasado, no había recuerdo que le permitiera explicarse con claridad qué demonios le ocurría, dónde estaba, quién era.

El dolor lo devolvió a la realidad.

Movió las dos manos. Apenas podía llevar sus dedos de acá para allá. ¿Los brazos? Complicado. Algo retenía la articulación del codo, allí donde la piel se le quemaba. ¿Quemarse? Entonces, ¿el dolor? El dolor era algo vago que solo en contadas ocasiones se corporeizaba en un alfilerazo concreto y enervante que terminaba por paralizarlo.

¿Dónde estaba su amigo el dolor?

El dolor y su voz apagada, lejana, distorsionada. Intentó escucharse. Nada. Apenas un sonido ululante, sin sentido. Alguien había cogido sus palabras. Un ente caprichoso jugaba con ellas estirándolas, alargándolas como un muelle, hasta hacerles perder toda su entidad, convirtiéndolas en un sonido casi uniforme, sin entonaciones, que se iba deshaciendo quedamente... Una radio a la que se le hubieran terminado las pilas. Disuelto en aquel aire espeso y ardiente.

Respirar. Si al menos pudiera respirar. Las fuerzas lo abandonaban. La energía se perdía por multitud de boquetes imaginarios. Notaba cómo cada inspiración era más dificultosa que la anterior.

«¿Te estás muriendo?»

Mentalmente sonrió ante la audacia de su reflexión. Morirse, menuda tontería. Era joven, enérgico. Un tipo sano y vital, sin enfermedades. Con toda la vida por delante.

«¿Qué demonios sucede entonces?»

Cada inspiración era como meter una masa de tornillería al rojo por la garganta.

Cada intento por moverse, por erguirse o por dejarse caer, lo conducía a un inmediato castigo en forma de latigazo insufrible.

«¿Acaso estás soñando? Si es así, ¿qué haces cuando estás en medio de un mal sueño?»

«Gritas. Gritas para que alguien te escuche y te despierte.»

Eso es. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Intentó gritar.

Y entonces se dio cuenta de qué era aquel suceso tan insólito que se había estado escapando a su comprensión todos esos interminables minutos.

Ya gritaba. No paraba de gritar. Había estado gritando como un poseso todo este rato. Pedía socorro con alaridos histéricos. Gritos que no escapaban de una cárcel de metal.

El muro que contenía la realidad apelmazada se desmoronó de repente. Todo se dibujó con claridad. Una cascada de emociones, de sensaciones, de dolor y terror desencadenó una devastadora inundación en su alma, rompiendo el equilibrio que hasta entonces había mantenido.

Seguía encerrado. Enterrado entre aquellas planchas de metal. Empotrado en una especie de improvisado ataúd. De pie, aplastado. Sin apenas aire, perdiendo sangre.

Sin posibilidad de escape.

Le habían golpeado la cabeza. Aquel maldito oriental. Aquel cabrón a quien de vez en cuando, si se mantenía callado, escuchaba andar sobre él, caminando en el techo de su ataúd, paciente, a la espera de que muriera, seguro.

Lo habían encerrado. No, lo habían enterrado. No sabía cuál era su macabra intención, el origen o causa. No sabía cuál era el fin de aquel juego horrible y letal.

La angustia corría a oleadas. El terror se mezclaba con su sudor, con la sangre que corría desde las heridas de su cabeza para ir goteando, escuchó, en el charco de agua aceitosa que había en el suelo.

—¿Por qué?

Gritó con todas sus fuerzas, con toda la energía que pudo acumular respirando durante largos segundos.

Apenas un murmullo.

Lloró. Lloró, abrumado por la impotencia, por la certeza de que en breve iba a morir. Encerrado, asfixiado, sin ayuda. Con la seguridad de que cada segundo que pasase, el aire que lo rodeaba se iba a ir convirtiendo en una atmósfera venenosa, irrespirable. Con el convencimiento de que cada inspiración le permitía alargar la agonía unos segundos más, pero, paradójicamente, lo acercaba más y más a una horrorosa muerte. Con el convencimiento, en definitiva, de que ya estaba al borde del abismo.

Volvió a gritar sin importarle el dolor que laceraba su organismo. Sin apenas fuerzas, golpeó las paredes de metal, abrasándose contra aquella que daba a la zona de las máquinas, helándose al golpear la que estaba en el lado contrario, quizá junto al mar.

Nadie respondía. Solo el rítmico y lejano resonar del motor. Solo el mecerse del océano, ajeno, extraño.

Se dejó caer sin conseguirlo, atrapado en la estrechura del féretro que lo abrazaba.

Nava se inquietaba. Uno de los hombres, un marinero español, no paraba de mirar alternativamente a la pantalla del sonar y al semblante preocupado de su patrón. Todos sabían que el enfado de ese hombre era peor que una galerna. Violento y de reacciones despiadadas.

El contramaestre entró en el puente de mando.

En su rostro se perfilaba un deje de insatisfacción contenida.

—¿Ya? —preguntó Nava sin moverse.

La luz rojiza de las pantallas silueteaba su perfil contra el cielo estrellado. Parecía un ídolo antiguo, un gran tótem metáfora del mal.

—Ha gritado mucho. Los gritos resonaban en toda la bodega. ¿Cree que la tripulación se habrá inquietado? Ya sabe lo susceptibles y supersticiosos que son algunos —susurró el contramaestre.

Llevaba diez años en la empresa, cinco siendo mano derecha de Nava. Ya había vivido unas cuantas situaciones similares. Ninguna tan tensa como esta. El viejo estaba preocupado. El antiguo ritual era más necesario que nunca.

El mismo espasmo turbulento, mezcla de asco y satisfacción le corroyó las entrañas

—No hay problema. Esta gente sabe dónde está y cómo funcionan aquí las cosas. Más de uno ya ha pasado por esto. Aunque todo hubiera ido

mejor si Pu Ling no hubiera fallado. –Nava se pasó la lengua por sus labios agrietados—. Demasiado sufrimiento... aunque el sufrimiento es vida, eso es: vida, suerte. Lo siento por el rapaz. Era buen chico.

–De eso se trata, señor. Su vida a cambio de nuestra suerte... –El humor del contramaestre había mejorado un poco

Nava se dio la vuelta con una rapidez ajena a su porte de titán. Sus pupilas parecían brasas hirvientes. Daba la impresión de flotar sobre el suelo metálico, a punto de fulminar a su segundo con la mirada.

–Nunca me digas cómo son las cosas, nunca. Lo sé bien. Sé cuál es el precio. Toda una generación de nosotros lo sabemos.

El contramaestre tragó saliva. Aquel demonio de hombre, a cada exabrupto, parecía aumentar de tamaño, envolviéndolo, asfixiándolo, taladrándolo con sus ojos desquiciados. Un dolor agudo comenzó a pincharle el estómago y la cabeza. Lo salvó el ruido de la puerta al abrirse.

El oriental, el tal Pu Ling, entró inexpresivo pero con sus diminutos ojos oscuros engastados en una corona de guirnaldas brillantes.

–Ya no grita. No oye respirar. Creer que todo ha terminado...

Un sonido metálico, artificial, una raspadura que iba aumentando y disminuyendo en intensidad y tono, surgió de la consola central del puente de mando en la que estaban empotrados unos pequeños altavoces, al lado del aparato de sonar, acallando la voz aguda del marinero.

–Aquí están –dijo el encargado del sonar.

–¿Sí? –respondió Nava sin atreverse a levantar la voz, temiendo que el mínimo elemento fuera de lugar pudiera quebrar el hechizo, descongestionando al mismo tiempo su rostro mortuorio. Al cabo de unos interminables latidos en los que no cesaron de mirar hipnotizados la pantalla del sonar, Nava se agachó hasta llegar a la altura del hombro de quien estaba sentado delante de la consola. El capitán tenía el aliento helado de un demonio.

–Grande, señor. Como nunca había visto. Un banco de peces denso y a poca profundidad. Excelente para echarle las redes.

El contramaestre sintió una oleada de alivio recorriendo su espina dorsal al escuchar las palabras del técnico.

–Alguien agradece nuestro presente. –Nadie salvo él mismo escuchó las de Nava—. Sigue la tradición.

El contramaestre dijo:

–El barco ha sido bendecido.

Imaginó el tremendo silencio que habría en la bodega.